

**EXCLUSIÓN DEL TRABAJO: RAZA, ETNICIDAD Y SEXO
EN LA FORMACIÓN DE LAS RESERVAS DE MANO
DE OBRA EN ESTADOS UNIDOS ***

FRANK BONILLA y RICARDO CAMPOS

La desocupación urbana en los Estados Unidos bajó a 10.2% en abril de 1983, después de alcanzar un máximo de 10.8% en diciembre de 1982 durante la más reciente recesión. Las predicciones más optimistas en la actualidad anticipan para finales de 1984 sólo aumentos minúsculos en el empleo y admiten la posibilidad de que los primeros meses de la supuesta recuperación en marcha puedan enfrentar verdaderamente "un rebote hacia arriba" en el desempleo. De hecho, el desempleo de los negros ha continuado su marcha ascendente más allá del máximo de diciembre para la nación, pasando de 19.9 a fines de año a 20.8%, en abril (*Wall Street Journal*, 9 de mayo de 1983). Respecto a esto, la tasa actual de desempleo de los negros reproduce fielmente una larga tendencia de décadas al registrar un movimiento prácticamente constante de alrededor de dos veces el nivel de desempleo de los blancos desde 1948 a la fecha (Sherman, 1983:12; Flangan, 1975). De manera muy interesante, el desempleo en la colonia, Puerto Rico, habiendo iniciado con un nivel considerablemente alto al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, apenas había coincidido con la tasa registrada para los negros en los Estados Unidos hacia 1960, y también continúa elevándose aceleradamente, como un múltiplo de la tasa para los trabajadores blancos estadounidenses (Campos y Bonilla, 1976; 1981; 1983; *History Task Force*, 1979; Maldonado, 1976:9). En febrero de 1983 el desempleo en Puerto Rico se situó oficialmente

* Traducción del inglés al español de Virginia Pérez Cota, Maestría en Docencia Económica, UACPPF, CCH.

en 25.3% (*San Juan Star*, 19 de febrero de 1983). Mientras que los datos en Estados Unidos sobre la tendencia del desempleo de puertorriqueños son considerablemente irregulares, la evidencia disponible indica que la participación de puertorriqueños en la fuerza de trabajo y la desocupación entre los grupos de origen hispano en el país son más cercanas a las de los negros no hispanos (National Commission for Employment Policy, 1982:34; U.S. Commission on Civil Rights, 1982).

Desde luego, lo que hace de mayor interés el párrafo anterior es que en los años ochenta, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, la proporción de blancos desempleados en Estados Unidos aumentó lentamente acercándose a cifras de dos dígitos, lugar común para los negros, algunas ciudadanías de origen hispano e indios americanos, junto con varios pueblos colonizados en el extranjero durante varios de estos mismos años.¹ Las magnitudes de la desocupación forzosa y el subempleo de la fuerza laboral, consideradas por décadas a la ligera o fácilmente justificadas mientras existieron como condiciones de las poblaciones minoritarias, las "subclases", los colonizados o las mujeres, han debilitado la ortodoxia económica y han llamado la atención de la derecha y la izquierda en cuanto el "núcleo" masculino de trabajadores experimentó dislocaciones a escala aproximadamente equivalente. Habiendo articulado un amplio conjunto de razones que prueban por qué los hombres blancos de sectores económicos privilegiados y de aristocracias laborales equivalentes en otros espacios estaban situados regularmente en lugares permanentes de empleo remunerador y estable, los economistas del trabajo han enfrentado muchos problemas para orientar sus marcos de referencia sobre los desarrollos desconcertantes de los años setenta y la primera mitad de los ochenta. Los argumentos extraeconómicos invocados para explicar el extraordinario desempleo entre los "desfavorecidos económica y socialmente" no han sido en ningún modo dados de lado, pero el supuesto de que la teoría económica y los instrumentos políticos necesarios para garantizar empleos para todas las "principales corrientes" americanas estaban en "su sitio", se han visto definitivamente debilitados.

Este breve ensayo puede tratar solamente de un puñado de los com-

¹ En relación a las diferencias entre hombres y mujeres, aunque ciertamente de crucial y creciente importancia, se revelan más altos en las tasas de participación del trabajo configuraciones ocupacionales, horas trabajadas e ingresos que en las medidas oficiales del desempleo. Como se mostrará a lo largo de este ensayo, estas diferencias sexistas son mejor entendidas cuando no se pierden de vista las claras diferencias raciales, étnico-nacionales y de clase.

plicados temas revelados en estas consideraciones. De manera específica, nosotros hablaremos brevemente de tres puntos:

1. Una clarificación de los temas conceptuales en cuanto a las “reservas” de trabajo y su relación con las mediciones convencionales del desempleo y el subempleo;
2. Una descripción condensada de los aspectos pertinentes de los cambios recientes de la fuerza laboral en Puerto Rico y entre los puertorriqueños en Estados Unidos, y
3. Una crítica preliminar basada en la revisión de varios enfoques que en la actualidad defienden el “pleno empleo” o, al menos, niveles sustancialmente mejorados de empleo en Estados Unidos, especialmente cuando se refieren a las minorías raciales y nacionales y al papel cambiante de las mujeres en la fuerza laboral.

LA NATURALEZA DE LAS RESERVAS LABORALES

El colapso de la teoría ortodoxa del empleo fue presagiada de manera directa a través del rechazo a la pertinencia analítica y política de la denominada curva de Phillips en los años setenta. Piore y sus colaboradores, entre otros, rechazaron definitivamente la idea de una disyuntiva en política económica entre inflación y desempleo.

Virtualmente no hay ningún fundamento para suponer una relación funcional simple entre el nivel del desempleo y la tasa de inflación salarial (o de precios) en los últimos diez años. Una simple gráfica del desempleo y la inflación mostraría que todos los puntos se extienden sobre el mapa; de ninguna manera podrían ser trazados fuera de la relación regular que postula la teoría (Piore, 1979b:14).

Con anterioridad a ésta, investigadores puertorriqueños habían llegado a conclusiones similares sobre varias de las mismas bases:

...cualquier política pública o programas de acción para combatir los problemas de la inflación o el desempleo en Puerto Rico podrían ser guiados por el conocimiento de las fuerzas operativas que producen y mantienen esos problemas. Las explicaciones con-

vencionales asociadas con la curva de Phillips deberían ser totalmente descartadas (Ramírez y Rivera, 1977:15).

Investigadores de la Universidad de Chicago, que buscan explicar los ajustes regionales entre oferta de trabajo y salarios, han denunciado también que las curvas de Phillips son difíciles de obtener a niveles subnacionales debido especialmente a las dificultades para rastrear las transmisiones interregionales e interindustriales de los cambios en el mercado laboral (Stokes, Jones y Neuburger, 1981).

Las consecuencias de esta disyuntiva en la teoría parecen haber sido dobles. Por un lado, un reforzamiento del empirismo prevaleciente. Continúan surgiendo gran cantidad de estudios que establecen correlaciones y coeficientes de regresión en el intento de estimar y explicar las diferencias en el mercado de trabajo entre hombres blancos y otros numerosos sectores de la fuerza de trabajo. Es probable que ahora incluyan más variables con el propósito de captar los efectos de los aspectos estructurales e institucionales de los mercados de trabajo. Por otro lado, y no del todo fuera de tono con lo anterior, subsisten esfuerzos, como los de Piore, para tratar de manera separada la inflación y el desempleo, considerando este último más como un problema sociológico de promoción o movilidad sociales que como problema para la teoría económica. Aunque esta separación de la política económica y social suscita otras dificultades —a las cuales regresaremos—, que tienen la virtud de poner al descubierto algunos temas ideológicos. Como anota Piore, cualquiera que sea el resultado para la teoría, las percepciones sociales teñidas por estos debates afectan decididamente la definición política de las tasas-objetivo de desempleo o las tasas consideradas políticamente viables. Mientras el peligro de la inflación y los déficit públicos puedan ser invocados como pretextos para abandonar las metas de pleno empleo, otras motivaciones pueden permanecer ocultas. Desde su punto de vista, hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta aun los miembros favorecidos de la fuerza laboral de Estados Unidos manifestaron descontento y reclamos progresistas sobre la organización política, similares a los hechos por las minorías y las mujeres. “Si el pleno empleo prolongado estaba estimulando estos sentimientos, se sintió que un poco de desempleo y recesión ayudaría a curarlos” (Piore, 1979b:16). En pasajes anteriores Piore hace resaltar firmemente el “se sintió” de la frase citada justo como el punto de vista prevaleciente en los círculos estadunidenses.

ses de negocios y bancarios, así como también entre algunos líderes sindicales, especialmente después de la victoria presidencial republicana.

Sin embargo, cualesquiera que sean las intenciones de quienes están actualmente en el poder, permanece la cuestión de cuántos de estos cambios cuantitativos en el uso de la fuerza laboral han tenido lugar realmente, y si las personas con metas sociales y compromisos distintos pueden hacer algo para alterarlos. Plantear los problemas en la forma como se está haciendo actualmente (Piore, 1979a, 1979b, y también Gilder, 1981; Thurow, 1981; Reich, 1983), es decir, como un problemático y gigantesco —pero por fortuna temporal— desajuste entre trabajadores y empleos determinado por roces paralizantes entre intereses confrontados, provoca la idea, facilona y tranquilizadora, de que lo único que necesita la nación es recobrar su pragmatismo innato y el sentido de justicia para retomar su larga marcha hacia la prosperidad duradera y la plena igualdad. Desde este enfoque dulista o segmentacionista-corporativista, en Estados Unidos hay dos o más subconjuntos de empleos y trabajadores. Un sector, poblado en su mayoría por trabajadores legítimos —esto es, por hombres adultos blancos—, está momentáneamente fracturado por una renovación tecnológica y la reconstrucción de producción y funciones administrativas. Hay un desacuerdo considerable acerca de si en el sector avanzado habrá en un futuro próximo suficientes buenos empleos para todos, o si las capacidades nacionales de educación y readiestramiento se van a dar a la tarea de reciclar trabajadores estacionales y apoyar oportunamente a los nuevos cuadros para la necesaria elevación competitiva que reafirme el liderazgo económico de Estados Unidos. “La inversión extranjera (hacia Estados Unidos), ahora está produciendo una reducción neta en los empleos a una tasa creciente” (Portes y Walton, 1981:159). Pero a pesar del desempleo “récord”, se dice que miles de los “buenos” empleos anunciados no se producirán, mientras que un tercio de los graduados universitarios en 1983, la más alta proporción en 25 años, salen de las universidades sin empleo (New York Times, 15 de mayo de 1983).

Empero, un problema igualmente difícil de reclasificación es el que representa el segundo subconjunto principal de empleos y trabajadores: el menos deseable, menos pagado, no especializado, de empleos inestables ocupados por migrantes, mujeres, jóvenes y menores de edad (“aves de paso” o “trabajadores eventuales” en la gráfica descripción

del trabajo de Piore de 1979b). Se dice que la misma presencia de una vasta agrupación disponible de tales trabajadores contribuye a una proliferación anómala de esos empleos. Según un análisis empírico de los segmentos del mercado laboral, desde 1960 alrededor de la mitad de los empleos en el país podían ser considerados como "buenos" en términos de remuneración, beneficios relativos y estabilidad de largo plazo (Freedman, 1976:200). De paso, se observa que este estudio identificó no dos sino deiciséis segmentos distintos del mercado laboral en 1960, y catorce en 1970. También, según otra estimación, tres quintos de todos los empleos nuevos creados en Estados Unidos en las décadas recientes, no fueron precisamente deseables. Se ha dicho que había cinco nuevos buscadores de empleo por cada dos nuevos empleos (Ginzberg, 1979:151).

Desafortunadamente, quienes orientan sus pasos hacia ese trabajo o están fijos en estos empleos, adquieren el apetito por trabajo más provechoso pero no por las capacidades ni los hábitos de trabajo que contribuyen a la movilidad en el empleo. Los instrumentos gubernamentales para contener el número de esos empleos, o para dirigir de manera ordenada a los individuos y grupos sociales que se mueven hacia ellos, han sido ineficaces. Como se ha visto, el problema más preocupante en este enfoque es el de turbulencia en la movilidad de la fila de personas, con el descontento y la irritación abriéndose paso a lo largo de la misma (Piore, 1979b).

Mucha de la confusión en el extraordinario debate respecto a de dónde vendrán los empleos y quién los dominará (si valen la pena), emana de las ambigüedades y los cambios erráticos en el ritmo de formulación y el alcance de los cambios considerados. Una línea de explicación para la evasividad presente y el mal comportamiento de la curva de Phillips, es que las mediciones oficiales del desempleo simplemente subestiman o no logran medir la diversidad de formas en las que en la actualidad la fuerza laboral es absorbida fuera de los mercados laborales o está siendo selectivamente usada en provecho transitorio de los empleadores. En circunstancias en las que la oferta de trabajo parece ser inagotable, tanto para los buenos empleos como para los modestos, la significación del mercado de corto plazo de esas reservas puede ser cuestionado desde varias perspectivas. ¿Quién necesita en verdad mujeres pobres y trabajadores menores de edad en los años ochenta? Desde luego, parte de la respuesta es que ellos son necesarios para el sistema que produjo y sostiene las condiciones actuales. Pero, ¿cómo

podemos empezar a dar cuerpo a una respuesta más precisa y políticamente utilizable? Algunas de las más pertinentes transformaciones en marcha, son a escala global y han significado décadas de elaboración (Friend y Metcolf, 1981). Tomará una década o más pulirlos a profundidad en las economías locales. Creemos que una mayor atención a la experiencia reciente de los puertorriqueños puede ofrecer algunas ideas y directrices que permitan investigar aquellas que son de interés general.

LA ECONOMÍA COLONIAL DE SERVICIOS

La transformación social radical de Puerto Rico, llevada a cabo en el transcurso de una intensa industrialización en las décadas recientes, ha reproducido una división social del trabajo que se asemeja fuertemente a estructuras equivalentes en los centros más avanzados del capitalismo mundial. En casi cuarenta años, esta isla ha sido transformada de una economía predominantemente agraria en una de capital-intensivo, de alta y compleja tecnología productiva que actualmente se encuentra en una etapa de transición hacia una economía básicamente de servicios. Este tránsito acelerado a través de los procesos que impulsan el crecimiento, la declinación y la regeneración capitalistas recientes, reflejado directamente en la importancia relativa de los sectores económicos que generan empleo, coloca a la isla en el centro de la discusión actual sobre el posible curso futuro de las economías de mercado modernas que se debaten de manera vacilante en una recesión de severidad sin precedentes en el periodo de posguerra. Como indica el cuadro 1, los sectores productivos tradicionales (agricultura, manufactura y construcción), que en 1940 absorbían cerca de tres quintas partes de la fuerza de trabajo, dan razón en la actualidad de casi el 28.2% de los empleados (las cifras aproximadas para Estados Unidos y la ciudad de Nueva York en 1982 son 26.6 y 16.2% respectivamente; *New York Times*, 10 de mayo de 1983). Los empleos del comercio al mayoreo y al menudeo, los servicios y el sector público se han movido en el creciente vacío dejado por la declinación y la exportación de puestos de trabajo en la manufactura. Los empleos de oficina y de los servicios, ocupaciones típicas de sociedades avanzadas, dominan la estructura ocupacional. La economía de servicios es una realidad; 60% de todos los trabajadores están en uno u

CUADRO I. *Puerto Rico: división social de trabajo*
(fuerza de trabajo empleada en miles)

	1940	1950	1960	1970	1980	1982
Agricultura	229	214	124	68	43	37
Manufactura	56	55	81	132	157	148
Construcción	16	27	45	76	49	40
Comercio	54	90	97	128	152	155
Finanzas, seguros y bienes raíces	2	3	6	13	23	23
Transportes	17	23	27	27	28	28
Comunicaciones	1	—	4	6	9	10
Otros servicios públicos	2	5	8	12	15	15
Servicios	73	77	75	116	149	145
Administración	13	45	62	106	202	189
Total	512	596	543	686	827	792

FUENTE: Junta de Planificación, Estado Libre Asociado de Puerto Rico, *Informe económico al gobernador*, 1981-1982.

otro compartimento de este sector predominante. Por tanto, no sorprende encontrar en la fuerza de trabajo activa tantos propietarios y administradores como artesanos y encargados especializados, o que los profesionistas y trabajadores “de cuello blanco” excedan a los trabajadores semiespecializados o sin especialización. Estos últimos han visto disminuir su participación a 7.3% de los trabajadores (cuadro II).

Sin embargo, la lección más significativa de la experiencia de los puertorriqueños es que éste reordenamiento radical de la economía y la estructura ocupacional, impulsado por la inversión sostenida de gran escala —privada y pública—, continúa excluyendo a una todavía creciente reserva del empleo útil de la colonia tropical. Paradójicamente el desempleo y la inflación se han elevado uno tras otra de manera imperturbable con las adiciones a la inversión. La inversión directa estadounidense ha crecido de 1 600 millones en 1960 a más de 24 000 millones hacia finales de los setenta, cuando la isla había acumulado casi un tercio de esa inversión en América Latina. Durante este mismo periodo, el desempleo oficial ascendió de casi 13 a 20%, nivel sin precedente en la posguerra. Desde luego, este resultado no esperado

CUADRO II. *División de trabajo por ocupaciones*
(octubre de 1982)

	<i>Miles</i>	<i>%</i>
Trabajadores de "cuello blanco"	374	47.8
Profesionistas y afines	125	15.9
Propietarios, administradores y funcionarios	86	10.9
Oficinistas y afines	112	14.3
Ventas y afines	51	6.5
Trabajadores de servicios	100	12.7
Empleados domésticos	7	.9
Servicios de protección	25	3.1
Otros servicios	77	9.8
Trabajadores obreros	253	32.3
Artesanos y encargados especializados	90	11.5
Operadores	135	17.2
Trabajadores, excepto agrícolas	27	3.4
Trabajadores agrícolas	46	5.8
Agricultores y administradores	16	2.0
Agrícolas	31	2.0
Trabajadores agrícolas y capataces	782	3.9

FUENTE: Departamento de Trabajo y Recursos Humanos, Estado Libre Asociado de Puerto Rico, *Reporte Estadístico*, vol. 4, 1982. Los agregados no son iguales a los totales debido que han sido redondeados.

de la rápida industrialización ha desconcertado a los economistas locales y a sus mentores estadounidenses. Más a propósito, esta polarización del mercado laboral y la dilatación de las reservas de trabajo obligaron a los planificadores y burócratas a revalorar la magnitud real del desempleo isleño y sus implicaciones para la economía. La necesidad de una medición más precisa y objetiva de la desocupación fue oficialmente reconocida hacia 1978.

Las definiciones en uso, desarrolladas hace más de 40 años y en varias instancias, ya no son adecuadas para las circunstancias actuales. Esto es especialmente evidente en Puerto Rico. Un estudio reciente del Consejo de Finanzas ha desarrollado la idea del "empleo inadecuado", el cual incluye cuatro componentes:

- a) desempleo oficial;
- b) trabajadores desanimados;
- c) trabajadores por horas;
- d) trabajadores de tiempo completo con salarios subnormales.

Aun cuando la última categoría no está considerada, el índice de personas "inadecuadamente empleadas" es el doble del desempleo oficial (Puerto Rico, Junta de Planeación, 1978:59).

En ese año fiscal el desempleo oficial fue de 18.8%. En suma, a la sazón el desempleo había alcanzado tasas comparable a los momentos más desesperados de la depresión de los años treinta.

Debería estar sobrentendido que aun la situación de quienes han encontrado un nicho en el mundo contemporáneo del trabajo en la isla, está lejos de la carencia de problemas. Las tasas de subempleo, situadas en un alarmante 21% en 1960, se han elevado firmemente hasta asimilar al 29% de todos los trabajadores. Más de un cuarto de la fuerza de trabajo está subutilizada. Especialmente las mujeres, quienes hacia 1982 representaban 53% de los trabajadores en la producción, y eran una proporción sustancial (cuarto de cada diez) de los que trabajaban poco más de 35 horas por semana.

El reconocimiento explícito de la necesidad de calcular objetivamente los números de aquellos removidos del empleo o sólo tangencialmente conetados a la fuerza de trabajo, ayuda a demostrar claramente la seriedad de la crisis presente y la improbabilidad de que las vías utilizadas anteriormente para la generación de empleo resulten eficaces en la actualidad. Las tasas declinantes de la participación del trabajo han alcanzado un nivel inferior a 40%, registrando una contracción en el mercado laboral local que no puede ser ya ocultada por las manipulaciones estadísticas como en el pasado (cuadro III). Al mismo tiempo, los artificios usados anteriormente para mantener las reservas disponibles sin intervenir, están siendo forzados a límites extremos.

Uno de estos artificios es la inflación de las inscripciones en niveles posteriores a la enseñanza secundaria, sostenida por concesiones federales en ayuda, programas de préstamos y el sistema público de universidad de bajo costo. Entre 1960 y 1978, las inscripciones universitarias ascendieron de 10 a 30% de la población entre dieciocho y veinticuatro años de edad. Como puede esperarse, las instituciones privadas han sido las principales beneficiarias de este aumento repentino

CUADRO III. *Tasas de participación de trabajo y desempleo por sexo (1959-1982)*

	<i>Tasa de participación</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Desempleo</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
1959-1960	45.4	72.3	22.0	13.3	14.1	11.3
1964-1965	44.6	69.0	22.9	11.2	12.5	7.6
1969-1970	44.5	66.9	25.7	10.3	11.0	7.0
1974-1975	42.3	66.8	25.4	15.4	16.5	12.9
1979-1980	43.3	61.1	27.5	17.0	19.4	12.2
1981-1982	40.0	57.0	26.3	22.0	25.6	15.3

FUENTE: Junta de Planificación, Estado Asociado de Puerto Rico, *Serie histórica del empleo, desempleo y grupo trabajador en Puerto Rico, 1981; Informe de Recursos Humanos, 1982.*

de la matrícula, al absorber 57.3% de la comunidad estudiantil total en 1979, comparado con 31% en 1962 (Junta de Planificación, 1980). Se puede inferir de estas cifras que la expansión en la educación superior está impulsada por la demanda de empleo. Nada podría estar más alejado de la verdad. Los cuadros iv y v indican el alcance del empleo en los jóvenes y la extensión en la que pesa sobre aquellos con escolaridad considerable. De manera no inesperada, los burócratas y planificadores isleños en pugna se quejan de una "fuga de cerebros", mientras indican a los jóvenes postulantes a empleo que Estados Unidos en su totalidad es su mercado laboral.

CUADRO IV. *Tasa de desempleo por edad (1982)*

<i>Edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
16 a 19 años	61.0	52.3
20 a 24 años	49.1	40.1
25 a 54 años	21.2	10.0
55 años	12.9	—

FUENTE: Junta de Planificación, Estado Asociado de Puerto Rico, *Informe de recursos humanos, 1982.*

Las cifras sobre gastos en seguridad social sugieren que lo mismo que las abultadas matrículas escolares, ese sistema también está siendo usado para amparar las reservas laborales no utilizadas. Considerando la edad promedio de la población de Puerto Rico (26.6 años), las proporciones de jubilados y especialmente incapacitados dentro de los

CUADRO V. *Tasa de desempleo por nivel educativo, 1982*
(personas de 16 años en adelante)

<i>Escolaridad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>
Escolaridad	2.2	—	2.2
1 a 3 años	7.3	—	6.0
4 a 6 años	16.1	8.9	14.2
7 a 9 años	24.8	15.6	22.4
10 a 11 años	12.4	11.1	12.6
12 años	27.7	37.8	30.0
13 o más	8.8	22.2	12.0

FUENTES: Junta de Planificación, Estado Asociado de Puerto Rico, *Serie histórico del empleo, desempleo y grupo trabajador en Puerto Rico*, 1981.

registros de seguridad social, parecen extraordinariamente altas cuando son comparadas con las de los estados más industrializados de la Unión Americana. Con un equivalente de 69% de la población empleada recibiendo pagos de seguridad social (28% más que el estado más cercano, Pennsylvania), es supponible que los retiros tempranos de la fuerza de trabajo y las normas relajadas para el establecimiento de la incapacidad son formas de ajustar con el apoyo del gobierno, un mercado de trabajo deprimido (cuadro VI).

No obstante, la acción más directa contra el desempleo en Puerto Rico durante las últimas dos décadas, ha sido la realizada mediante las iniciativas del sector público. Al respecto es interesante encontrar prominentes economistas estadounidenses que ahora reclaman urgentemente una amplia reestructuración económica en la que el Estado podría tener un papel central, como única ruta para lograr la equidad económica por medio del empleo. "La única solución es crear un sec-

CUADRO VI. *Beneficiarios de la seguridad social y edad media para Puerto Rico y estados seleccionados (1981)*

	<i>S.S. Beneficiarios *</i>	<i>Retirados *</i>	<i>Incapa- citados *</i>	<i>Edad media</i>
California	29.3	19.7	3.9	29.9
Illinois	32.1	21.4	3.3	29.9
Michigan	36.0	22.8	4.9	28.8
Nueva Jersey	34.3	23.1	4.1	32.2
Nueva York	38.8	26.0	4.9	31.8
Pennsylvania	41.2	27.3	4.7	32.1
Puerto Rico	69.4	32.5	24.7	24.6

* Porcentaje de la fuerza de trabajo empleada.

FUENTE: Departamento de Comercio de E.U., Oficina de Censos, *Statistical Abstract of U.S.*, 1982-1983.

tor socializado de la economía destinado a proporcionar oportunidades de trabajo a todos aquellos que lo requieran pero que no pueden encontrarlo en otra parte" (Thurow, 1981:206). De nuevo, en esto la experiencia puertorriqueña puede ser ilustrativa. En la actualidad, 40% de la fuerza de trabajo activa que en términos relativos es cercana al 36% de las nóminas isleñas, está empleada en el gobierno, quien se ha movido vigorosamente para compensar los retrasos del sector privado en la creación de empleo. Alrededor de dos tercios de la inversión interna bruta está siendo financiado por el gobierno conforme el desempleo se ha movido inexorablemente por encima del 25%. "¿Qué lecciones hemos aprendido de la experiencia de 40 años de lucha contra el desempleo?", pregunta el gobernador colonial, Romero Barceló, en su mensaje de 1983 a la legislatura. "Primero, la intervención del gobierno como inversionista y empresario generalmente no es efectiva" (*Puerto Rico Business Review*, 1983). Preferencias ideológicas del gobernador aparte, este juicio debe ser considerado seriamente. El gobierno controla la industria azucarera, parte del turismo, el transporte marítimo, las comunicaciones (teléfonos), algunas manufacturas y la construcción (tres quintas partes de la construcción en curso está siendo financiada por el gobierno). Pero con el

desempleo en niveles muy elevados, el gobierno, más que emplear mayor número de trabajadores, los está removiendo. Este tipo de "sector socializado" debe ser claramente considerado un fracaso como garantía del pleno empleo.

Después de cuatro décadas de industrialización, emigraciones masivas y esterilización indiscriminada, la isla continúa reproduciendo en escala ampliada la anomalía corrosivo de reservas de trabajo humano no utilizadas, pobreza difundida y dependencia. La transición puesta en marcha hacia una economía basada en los servicios parece contener las semillas de una más amplia polarización social, en parte reflejada en una explotación más intensa de la mano de obra femenina pero también en las presiones continuas de la migración, al mismo tiempo que se adelanta la internacionalización de la economía y la sociedad, y los recién llegados al país buscan acomodo en la fuerza de trabajo (Bonilla y Campos, 1983).

Obviamente, la magnitud de las reservas de desocupados continúa nutriendo un éxodo de trabajadores nativos, entremezclado ahora con flujos migratorios de puertorriqueños nacidos fuera del país y de extranjeros radicados en él. Las estimaciones del tamaño y la significación de los balances netos de estas complicadas idas y venidas se vuelven más y más difíciles. De hecho, las cifras gubernamentales sobre estos balances netos pueden falsear en la actualidad el número de trabajadores impulsados a moverse por los cambios que están ocurriendo en el mercado de trabajo de Puerto Rico, Estados Unidos y otros lugares. Más informada de la mayoría de los complejos problemas involucrados, la Junta de Planificación de Puerto Rico ha anunciado la siguiente evaluación de las tendencias recientes:

...el hecho de que la migración neta haya disminuido no significa que la emigración haya descendido sino, mejor dicho, que la inmigración se ha incrementado. Según el *Estudio de inmigración* de 1979, se estima que durante la década han arribado 395 000 personas a Puerto Rico, un número nunca antes observado en los flujos migratorios de este país. Para que los flujos migratorios produzcan un balance negativo, la emigración debe haber estado en alrededor de 500 000 personas, flujo cercano al observado durante los años cincuenta. *Esto indica que ha estado ocurriendo un proceso de sustitución de población* (subrayado nuestro). (*Reporte económico del gobernador*, 1981:275).

Otros indicios adicionales relacionados con el mercado local laboral pueden inferirse de los patrones de acomodo de los inmigrantes. Mientras que casi un tercio de los no migrantes vive en el área metropolitana aledaña a San Juan, 79.2% de los inmigrantes extranjeros y 53.1% de los de Estados Unidos se han concentrado en el área metropolitana principal. Esta concentración está de acuerdo con la alta proporción de inmigrantes extranjeros, hombres y mujeres, ocupados en empresas comerciales (alrededor de dos de cada cinco). El comercio y los servicios, juntos, representan 79.3% del empleo de extranjeros y 79.2% de los no puertorriqueños recién llegados de Estados Unidos. Vale la pena advertir que 32.3% de los hombres extranjeros estaban autoempleados, en comparación con 18.1% de los competidores isleños. Más de cuatro de cada cinco mujeres inmigrantes extranjeras trabajaban en el sector privado, mientras que para todas las mujeres puertorriqueñas el principal empleador fue el gobierno (Junta de Planificación, 1982).

En síntesis, Puerto Rico, la "privilegiada" colonia del poder capitalista más avanzado, refleja clara y transparentemente las fuerzas impulsoras de una crisis progresiva de transformación del capitalismo en general y su componente estadounidense, del cual la isla se ha vuelto una extensión regional. Localmente, la crisis se manifiesta en las magnitudes de la mano de obra no utilizada y subutilizada a pesar de, y junto con, una acelerada internacionalización del capital y el trabajo que parece destinada a relegar a la población de la isla a un espacio permanente y crecientemente marginal en la reestructuración en marcha de la economía isleña.

En el estrecho espacio social de la colonia las reestructuraciones del mercado laboral se manifiestan en formas especialmente agudas y difíciles. De interés particular es el papel asignado a las trabajadoras puertorriqueñas en la cacareada recomposición del capitalismo avanzado. Durante los años setenta las mujeres pasaron a ocupar cerca de tres de cada cinco nuevos empleos en los servicios. El setenta por ciento de las mujeres empleadas está concentrado en el sector público, la administración y las actividades comerciales. Como puede anticiparse, esta expansión en los empleos improductivos y el reclutamiento de mujeres para ocuparlos descansan en las diferencias salariales, que van de 143 dólares por semana para hombres trabajadores de oficina a 119 dólares para las mujeres; en los servicios el pago promedio semanal para las mujeres es de 55 dólares menos que para los hombres. La cre-

ciente presencia de las mujeres en el mercado laboral no implica un desplazamiento progresivo de los hombres, pero contribuye a un nuevo patrón deprimido del salario para los empleos disponibles. La consecuencia es una creciente competencia entre hombres y mujeres por los empleos escasos, inestables y de baja remuneración que se están generando (Bonilla y Campos, 1983).

El modelo esencial de estas transformaciones es llevada a los puertorriqueños mediante la circulación constante entre la colonia y los centros metropolitanos, donde la exclusión del trabajo y condición desventajosa es compartida con otras reservas estigmatizadas racionalmente. Los datos fragmentarios del censo de 1980, ahora disponibles, especialmente sobre Nueva York y Chicago, confirman la importancia de considerar cuidadosamente áreas pequeñas más que los agregados nacionales. En Nueva York, por ejemplo, las diferencias entre las mujeres son mucho más profundas que entre los hombres, y respaldan la visión de que la desigualdad sexual en la última década ha devenido en un componente mayor de la desigualdad racial y de su reproducción (Bianchi, 1981:134). En general, en la ciudad las mujeres negras están en la fuerza de trabajo en proporciones considerablemente mayores (51.5%) que las mujeres blancas (46.3%) o las de origen hispano (36.2%) y también, de manera notable, en comparación con las puertorriqueñas. En Harlem del este y Mott Haven, donde estos datos son más indicativos para las mujeres puertorriqueñas, 26.8 y 25.1% respectivamente de las mujeres de origen hispano estaba en la fuerza de trabajo en 1980, cuando en 1970 las cifras globales de mujeres puertorriqueñas para la ciudad eran de 28.1% (Powers y Macisco, 1982; cuadro 14). Sin embargo, las mujeres blancas mantienen una ventaja considerable en las tasas de empleo de mujeres en la fuerza laboral. En los hechos, las tasas de desempleo entre mujeres negras y puertorriqueñas son muy similares, de una y media a dos veces las tasas que se registran para las mujeres blancas (Bonilla y Campos, 1983).

Desafortunadamente, los datos disponibles para 1980 no permiten un análisis más detallado de la interacción de raza, etnicidad y sexo en la colocación ni en el comportamiento del mercado laboral. Los esfuerzos recientes en esta dirección no han sido concluyentes para determinar los factores responsables de las diferencias en la participación de mujeres blancas y negras en el trabajo fuera del hogar (discriminación, diferencias de capital humano, bajos ingresos de los mari-

dos, estructuras familiares, rigideces del mercado laboral), o de las diferencias entre mujeres de origen hispano (educación, destreza en la lengua inglesa, origen nacional, migración, condiciones regionales del mercado de trabajo, opciones disponibles de bienestar). (Ver Wallace, 1980; Tienda *et al.*, 1981; Cooney, 1979). No obstante, parece claro que la importancia del ingreso que reciben las mujeres varía considerablemente en los grupos involucrados; que la relación de mujer jefe de familia a participación en la fuerza laboral es compleja y varía por raza y etnia, como ocurre en el proceso completo de constitución de esos hogares, y que la participación sostenida o creciente (por ejemplo entre mujeres negras.) puede estar asociada a los resultados, no muy diferentes, vinculados al creciente retiro de la fuerza de trabajo (como parece está sucediendo entre las mujeres puertorriqueñas). La capacidad del capital para segmentar y dividir a las clases y los pueblos se manifiesta en la vida laboral de las mujeres y en otros componentes de la población. Los programas que empiezan a trastornar la red de intereses e instituciones que sostienen esta estructura de desigualdad confrontan un laberinto desconcertante de relaciones interconectadas.

LA VÍA AL PLENO EMPLEO

Lo que sucedió con la curva de Phillips en los años setenta dejó también en el aire lo que el pleno empleo deberá significar en las próximas décadas. La vieja idea de una tasa "natural" o friccional de desempleo (esto es, un momento en el que el número de desempleados fue casi igual al número de empleos vacantes), se fue por el drenaje. En Inglaterra, donde surgieron un poco más temprano algunas de las rigideces hoy visibles en los mercados laborales de Estados Unidos, los investigadores trataron no sólo de determinar y asignar magnitudes al desempleo friccional y "estructural", sino también discutieron sobre categorías de desocupación no imaginadas —demanda deficiente, agregativa cíclica, regional cíclica (Thirlwall, 1974; Brechling, 1973). Si la teoría siguió siendo endeble, no así la certeza de que empezaba a haber más de una forma para estar fuera del empleo. Actualmente nadie en Estados Unidos promete hacer descender el desempleo por varios años muy por debajo de los niveles de 1983. Las tasas objetivamente viables están fluctuando por encima de aquellas que realmente quiere adoptar cualquier político.

Desde luego, el pleno empleo no fue una meta inequívoca aun antes de que surgieran las complicaciones recientes. Joan Robinson, con su agudeza característica, expuso el tema claramente hace años. "El sistema económico moderno fracasa al tratar de proporcionar continuamente empleo para todos los que desean trabajar. Generalmente, éste es reconocido como uno de los principales defectos del sistema..." (Robinson, 1969:1). Sin embargo, una vez que el pleno empleo se constituye en un objetivo político, el argumento debe enfrentar desafíos adicionales:

Si de cualquier manera vamos a garantizar el pleno empleo, la cuestión a discutir es qué empleo debería ser. ¿Deseamos invertir o consumir más? Si queremos más inversión, ¿debería ser en infraestructura para la industria...? ¿Debería ser en el mejoramiento de los servicios sociales...? Si queremos más consumo, ¿sería para reducir la pobreza o para dar a todos una participación proporcional? (Robinson, 1969:xi).

El tema de participaciones proporcionales es quizás el más problemático. Las páginas anteriores han servido para mostrar que en las primeras etapas de la transición hacia economías bipolares, orientadas a los servicios de alta tecnología, se han alimentado y reforzado la división de clases preexistente y las desigualdades basadas en raza, etnias y sexo entre y dentro de las formaciones nacionales. Hasta aquí, la unidad de este proceso —en Estados Unidos en general, en sus subregiones y en su extensión colonial— ha sido el meollo de nuestro argumento. La constancia de las desigualdades en los valores relativos del empleo durante largos periodos (tasas de participación, desempleo, horas trabajadas, ingresos, salario vital y ganancias de posición, transmisión de valores sociales a través de generaciones), no debería oscurecer los cambios estructurales que se encuentran en la base de estas desigualdades, ni la emergencia de nuevas divisiones dentro y entre los grupos en desventaja, así como en los grupos dominantes. Por ejemplo, la estabilidad secular del diferencial blancos-negros en el desempleo estadounidense oculta cambios en los subgrupos de la población negra que están perdiendo terreno o bien haciendo progreso en el mundo del trabajo (Flanagan, 1975). Los informes optimistas de la Oficina de Censos acerca del número de mujeres, blancas y negras (muchas de las últimas recientemente trabajadoras domésticas) que ahora manejan autobuses o computadoras o concluyen una profesión,

deben ser encuadrados en lo que nosotros conocemos como desempleo entre la juventud negra, masculina o femenina. La información adicional de que muchos más hombre —blancos, negros y presumiblemente de origen hispano— trabajan como mecanógrafos, recepcionistas, operadores telefónicos y asistentes aéreos, agrega nuevas matrices al análisis necesario (*New York Times*, 23 de abril de 1983). Las fórmulas preferidas para el pleno e igual empleo y los hechos empíricos de los cuales parten, o por los que permiten ser calificadas, no resisten un examen profundo.

De este modo, si uno se aproxima a la idea del pleno empleo desde una perspectiva teórica amplia o desde un examen empírico detallado de la dinámica laboral en un espacio social y una circunstancia precisos, percibe que el empeño requiere de una movilización formidable de recursos intelectuales y políticos. Como la profesora Robinson ha señalado cuidadosamente, aun en la teoría keynesiana el capitalismo sin desempleo es una contradicción al requerir sólo ciclos altos y sin tendencias descendentes, sin tumores, sin las profundas desigualdades incrustadas que son la fuente de su vitalidad esencial (Robinson, 1969: 95; 1942:87). Sin embargo, el flujo actual de líneas de acción aconsejadas para la recuperación económica, el empleo incrementado y la mayor igualdad, aunque irregularmente atento a, o inhibido por tales consideraciones, necesita estar apegado a ciertos cánones de plausibilidad y coherencia en estos y otros recuentos. Una rápida mirada a tres de las propuestas más sistemáticamente elaboradas sobre un manejo político para obtener el pleno empleo con creciente igualdad, servirá para delinear algunas de las principales tareas a ser pensadas todavía. Nos aventuramos a suponer que parte de este trabajo por realizar no podrá ejecutarse a menos que los más directamente afectados lo tomen a su cargo.

La propuesta sobre pleno empleo de Lester C. Thurow en *The Zero Sum Society*, constituye una de las pocas formulaciones cuidadosas del tipo de agenda mínima formulada por la profesora Robinson. Al menos él es claro respecto de las premisas y metas fundamentales. Afirma que “la falta de oportunidades de empleo no es un aspecto temporal, de corto plazo de la economía de Estados Unidos”, y que “ésta es permanente y endémica” (Thurow, 1981:205). Entre sus propuestas es central la noción de que la distribución actual de remuneraciones para los hombres blancos empleados plenamente debería ser el patrón para el “sector socializado de la economía”, o empleador de

última instancia. Esto significa, específicamente, un sector socializado con un empleo mixto, ingresos difundidos, estructura promocional, base de organización del trabajador y dinámica interna paralela al sector de empleo privado. Además, Thurow reclama un piso económico mínimo para individuos y familias, independientemente de la causa de la incapacidad. Él fijaría ese piso en la mitad del ingreso promedio de Estados Unidos (no aclara si se refiere a la mitad de la media, o la mediana, del ingreso individual, o del ingreso familiar)¹. Los impuestos progresivos “pero sin variaciones amplias entre individuos con el mismo ingreso real”, es un tercer elemento de su programa. Finalmente, sugiere una generosa ayuda de transición para los individuos —pero no para las empresas— que sufren pérdidas de ingreso como consecuencia de las políticas públicas. Thurow es intrépido al trazar la línea fundamental para los políticos de los años ochenta. ¿“Si es elegido”, pregunta, “el ingreso de quién cortaría usted y su partido en el proceso para resolver los problemas económicos que enfrentamos?” (Thurow, 1981:214).

Si la cruel sinceridad triunfa, como insinúa la cubierta promocional del libro, el pleno empleo podría estar al alcance de la mano. Pero el proyecto de Thurow parece tropezar con varios otros obstáculos, especialmente por lo que se refiere a las perspectivas de una redistribución duradera de empleos e ingreso que incluya ganancias reales para las minorías. La sociedad de suma cero es aquella en la que ningún grupo puede ganar como no sea a expensas de otro. No es ésta la forma en la que se ha producido cualquier pequeña redistribución de riqueza e ingreso ocurrida en este país. Como ha señalado un analista del trabajo, Estados Unidos es la apoteosis del óptimo de Pareto (Freedman, 1976:117). El óptimo de Pareto es un juego diferente; es aquel en el que por lo menos un grupo gana sin que ningún grupo deba ceder algo. Desafortunadamente, bajo las condiciones de Pareto la igualdad legal (esto es, igual oportunidad) simplemente reproduce las desigualdades existentes al inicio del juego. Como ha demostrado de manera convincente Adwin Dorn, la única vía para que los negros y otros grupos en desventaja logren obtener ganancias permanentes de empleo podría ser generar más empleos durante los auges y realizar muy pocos despidos durante las declinaciones (Dorn, 1979). Todos sabemos que en la práctica ocurre exactamente lo contrario. En un escrutinio profundo, tomando en cuenta la nueva realidad de deterioro en los niveles de los blancos (por despidos, agotamiento de beneficios

y devoluciones masivas a empleadores), junto con el asalto actual sobre la acción afirmativa de los negros, particularmente contra la ampliación de consideraciones especiales a cualquier otro grupo, este enfoque parece considerablemente menos vigoroso o promisorio.

Una estrategia totalmente distinta está comprendida en las recientes propuestas para un programa de pleno empleo en Nueva York (Rosen, 1982). Rosen ve al nuevo federalismo como desafío y oportunidad para los gobiernos locales y estatales, al meterse en la brecha con acciones concertadas para promover la recuperación económica y el pleno empleo. En los últimos años, anota Rosen, Nueva York ha logrado una modesta rehabilitación en el crecimiento del empleo, especialmente en los servicios y pequeños negocios, pero también en algunas manufacturas. "Más bajos salarios", observa, "han ayudado a estabilizar las manufacturas más viejas y han atraído capital foráneo. Los niveles salariales en Nueva York ahora son competitivos con otras áreas" (Rosen, 1982:ii). En este punto está en el límite de lo correcto. Las estimaciones recientes de las tasas salariales por hora en el sector del vestido en la ciudad, las colocan por debajo de tasas equivalentes en San Juan (Ross y Trachte, 1983; Leichter *et al.*, 1981). De manera realista, es verdad que los negros o los puertorriqueños no tienen bases para presumir que pueden obtener, o aun mantenerse en los empleos más pobres de la ciudad sin el apoyo de la política pública. Rosen avanza al inventariar un amplio conjunto de herramientas y técnicas del mercado de trabajo, recogidas de las experiencias estadounidense y europea, a las cuales ve aplicables mediante un "nuevo contrato social" entre el gobierno, las empresas y la banca, los sindicatos, los educadores y otros grupos del sector de no ganancia, y las organizaciones comunitarias. Esta noción vuelve a la idea de que la última gran depresión fue interrumpida por un programa pactado entre el gobierno, los capitalistas y los principales sindicatos, y que parte de la crisis actual refleja un fracaso en esos acuerdos, especialmente en la idea de que los aumentos salariales sólo pueden ser financiados con los aumentos de productividad. En cualquier caso, Rosen reúne varias ideas que pueden ser utilizadas las cuales han tenido, reconoce, sólo un modesto éxito y requieren de una extensa y detallada afinación. Estas ideas van desde las muy familiares (por ejemplo, estilo CETA en el entrenamiento para el empleo y empleos públicos, reservas de inversión no sujetas a impuestos, concesiones de capital a localidades) hasta algunas que en las circunstancias actuales suenan a sarcasmo (por ejemplo una forma

de acumulación de bienes no exportables que estamos tentados a llamar “queso industrial”). De nuevo, el supuesto parece ser que la exacta aplicación de estas medidas produciría más igualdad real.

La legislación que está siendo delineada en la actualidad por el congresista de Michigan, John Conyers, es el documento de este tipo de más largo alcance que hayamos visto en conceptualización, propósito y detalle de la estructura organizativa y la acción programática. El documento, disponible para nosotros sólo en sus líneas generales, se titula provisionalmente “Acta de planeación de la recuperación total y el pleno empleo”. Es innovador no tanto en sus partes como en la totalidad de elementos reunidos en una pieza de legislación. Busca establecer el derecho a ganarse la vida entre las garantías democráticas aseguradas de la ciudadanía. La disposición se instituiría para medidas de empleo de emergencia, pero la legislación también empezaría a crear una estructura permanente en todos los niveles del gobierno. Mira más allá que la resolución de algunos temas transnacionales dentro de la estructura de las Naciones Unidas y las operaciones del Fondo Monetario Internacional. Plantea el tema del monopolio de facto que ejercen actualmente de la planeación nacional la Oficina de Dirección y Presupuesto y el Departamento de Defensa y propone poner a ambos organismos bajo el control civil y popular de manera más firme. Curiosamente, el presente texto, como los otros aquí discutidos, también retrocede en un compromiso directo para la igualdad total y sustantiva para los negros y otros. En el pasaje pertinente al establecimiento de las metas, el documento dice que se debe:

...promover la mayor autohabilitación por, y la protección de el pueblo víctima de la discriminación en contratación, capacitación, promoción y sueldos o salarios sobre la base de sexo, raza, edad, preferencia sexual o incapacidad personal.

En la actualidad, el caso de otros grupos de origen nacional en desventaja y de los dependientes de Estados Unidos ha sido pasado por alto, o bien, considerado —lo mismo que la demanda de igualdad sustantiva más que legal— políticamente problemática. De manera clara, la resistencia de los neoconservadores blancos a unir estas demandas con las de los negros de Estados Unidos ha sido inequívoca. Lance Liebman, profesor de leyes de Harvard, ha establecido este punto de vista con mayor claridad que cualquier otro. El año pasado, al dirigirse a una asamblea americana sobre etnia en América, escribió:

...esperaríamos una Suprema Corte suficientemente prudente e ingeniosa para defender las decisiones legislativas que apoyan a los negros, pero reacia a defender la ampliación de esos acuerdos a otros grupos, debido a que las justificaciones son muy débiles y muy altos los costos para la fábrica social. (Libman, 1982:173).

Nos congratulamos al informar que la mayoría de negros, hispanos y otras etnias blancas, rechazaron abiertamente en esta asamblea el mensaje. Además, la asamblea repudió por racista en sus premisas, el texto de una agenda sobre política poblacional para las décadas por venir, basado en proyecciones de la composición racial y étnica de la población de Estados Unidos en el próximo siglo. No hay fuerza demográfica que pueda limitar la capacidad de esta nación para atender equitativamente a todos los que viven dentro de sus fronteras. No hay fuerza demográfica que pueda oponer irresistiblemente cualquier nacionalidad negra contra otra, o contra cualquier otro grupo de origen nacional. Se debe trazar una línea de resistencia firme contra las irracionalidades y aprehensiones americanas blancas al respecto, vengan o no envueltas en lenguaje y en medidas que consideramos científicos. Las condiciones objetivas que hacen posible la unificación constructiva de todos nuestros pueblos alrededor de las metas políticas están produciéndose en varias ciudades a lo largo del país. Esta conferencia, y cualquiera que siga, debería estar dirigida a la comprensión, tanto como sea posible, de estas nuevas realidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Bianchi, Suzanne M., *Household Composition and Racial Inequality*. New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1981.
- Brechling, Frank, "Wage Inflation and the Structure of Regional Unemployment". *Journal of Money, credit and Banking* 5:1, 355-378, 1973.
- Campos, Ricardo y Frank Bonilla, "Industrialization and Migration: Some Effects on the Puerto Rican Working Class", *Latin American Perspectives*, III, 3, 1976.
- "A Wealth of Poor: Puerto Ricans in the New Economic Order", *Daedalus*; 110, 2, 1981.
- "Evolving Patterns of Puerto Rican Migration". En Steve Sanderson (ed.), *The Americas in the International Division of Labor*, Nueva York, Holmes and Meier, 1983.
- Cooney, Rosemary S., "Demographic components of growth in white, black and

- Puerto Rican female-headed families: comparison of the Cutright and Ross/Sawhill methodologies", *Social Science Research*, 8, 1979.
- Dorn, Edwin, *Rules and Racial Inequality*. New Haven, Yale University Press, 1979.
- Flanagan, Robert J., *The Stability of the Racial Employment Differential*. Graduate School of Business, Universidad de Chicago, 1975.
- Freedman, Marcia K., *Labor Markets: Segments and Shelters*. Montclair, N. J., Allanheld Osmon & Co., 1976.
- Friend, Andrew y Andy Metcalf, *Slump City*. Londres, Pluto Press, 1981.
- Gilder, George, *Wealth and Poverty*. Nueva York, Basic Books, Inc., 1981.
- Ginzberg, Eli, *Goods Jobs, Bad Jobs, No Jobs*. Cambridge, Harvard University Press, 1979.
- Gordon, David; Richard Edwards y Michael Reich, *Segmented Work, Divided Workers*. Nueva York, Cambridge University Press, 1982.
- History Task Force, *Labor Migration Under Capiatlism: The Puerto Rican Experience*. Nueva York, Monthly Review Press, 1979.
- Junta de Planificación, *Informe Social. San Juan*, Estado Libre Asociado de Puerto Rico, 1980.
- *Perfil demográfico y económico de la población inmigrante en Puerto Rico*. San Juan, P. R., 1982.
- Leichter, Franz S. y Glenn F. Nostitz, *The Return of the Sweatshop: A Call for State Action*, 1979.
- Liebman, Lance (ed.), *Ethnic Relations in America*. Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1982.
- Maldonado, Rita, "Why Puerto Ricans Migrate to the United States, 1947-1973", *Monthly Labor Review*, 99, 9, 1976.
- National Commission for Employment Policy, *Hispanics and Jobs: Barriers to Progress*, Washington, D.C., 1982.
- New York City Department of City Planning, *Puerto Rican New Yorkers*, Nueva York, 1982.
- Piore, Michael, *Birds of Passage*. Nueva York, Cambridge University Press, 1979.
- *Unemployment and Inflation. White Plains*, Nueva York, M. E. Sharpe, Inc., 1979.
- Portes, Alejandro y John Walton, *Labor, Class and International Systems*. Nueva York, Academic Press, 1981.
- Powers, Mary B. y Macisco John J. Jr., *Los puertorriqueños en Nueva York: un análisis de su participación laboral y experiencia migratoria*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1982.
- Puerto Rican Business Review, Elementos más importantes del discurso anual del gobernador en la asamblea legislativa. Suplemento especial, enero-febrero, 1983
- Puerto Rico Planning Board, Programa integral de desarrollo económico, San Juan, protectorado de Puerto Rico, 1978.

- Informe económico del gobernador. San Juan, protectorado de Puerto Rico, 1981.
- Ramírez-Pérez, Miguel A. y Migdalia Rivera Avilés, *Inflación y desempleo: inaplicabilidad de la curva Phillip a la economía de Puerto Rico*. Río Piedras, Departamento de Economía, Universidad de Puerto Rico, 1977.
- Reich, Robert B., *The Next American Frontier*. Nueva York, Times Books, 1983.
- Robinson, Joan, *Introduction to the Theory of Employment*. Londres, Macmillan St. Martin's Press, 1969.
- *An Essay on Marxian Economics*. Londres MacMillan and Co., 1942.
- Rohatyn, Felix, "Reconstructing America", *New York Review*, 28, 3: 16-20, 1981.
- Rosen, Sumner, *Building a Program and a Coalition for Full Employment in New York*. Nueva York, Community Service Society, 1982.
- Ross, Robert y Kent Trachte, "Global Cities and Global Classes: The Peripherization of Labor in New York City", *Review*, vi, 3: 393-431, 1983.
- Sherman, Howard J., *Stagflation*. Nueva York, Harper and Row, Publishers, 1983.
- Stokes, Houston H., Donald A. Joens y Hugh M. Newburger, *Unemployment and Adjustment in the Labor Market*. Chicago, Ill., Department of Geography, University of Chicago, Research Paper, núm. 177, 1981.
- Thirlwall, A. P., *Types of Unemployment in the Regions of Great Britain*. The Manchester School of Economic and Social Studies, 42:4, 325-339, 1974.
- Thurow, Lester, *The Zero-Sum Society*. Nueva York, Penguin Books, 1981.
- Tienda, Marta, et. al., *Hispanic Origin Workers in U.S. Labor Markets: Comparative Analyses of Employment and Earnings*. Springfield, Va, National Technical Information Service, 1981.
- U.S. Commission of Civil Rights, *Unemployment and Underemployment among Blacks, Hispanics and Women*. Clearinghouse Publication, núm. 4, Washington, D.C., Government Printing Office, 1982.
- Wallace, Phyllis A., *Black Women in the Labor Force*. Cambridge, MA: MIT Press, 1980.